

Lección No. 40.- EL LAICADO Y SU MISIÓN EN EL MUNDO  
 Su administración y consagración de lo temporal.

La lección anterior nos presentó una realidad del Pueblo de Dios: entre sus miembros, algunos se entregan de manera total al servicio de la comunidad, de manera que mediante la renuncia al uso de la propia voluntad por el voto de obediencia, y la aceptación del celibato, esto es de permanecer solteros, mediante el voto de castidad, su disponibilidad para el ministerio es total.

Con todo, el resto del Pueblo de Dios no es, como erróneamente podría considerársele, la porción pasiva que ha de ser servida. A este respecto el Vaticano II enseña: "Los laicos, que desempeñan parte activa en toda la vida de la Iglesia, no sólo es tán obligados a cristianizar el mundo, sino que además su vocación se extiende a ser testigos de Cristo en todo momento en medio de la sociedad humana." (Gaudium et Spes 43)

La palabra "laico, laicado" (del griego "laos" = pueblo) aparece por primera vez en la Biblia en la traducción llamada "de los Setenta" debido a que el rey de Egipto es Tolomeo Filadelfo pidió a los judíos la primera traducción del Libro Sagrado al griego, traducción que realizaron 72 traductores.

Más tarde, ya en el Nuevo Testamento, se usa sencillamente para designar al pueblo judío en oposición a los sacerdotes y levitas destinados al servicio de Dios. Finalmente, al ocurrir la expansión de la Iglesia, por laicado llega a entenderse el Pueblo de Dios en general.

El laico recibe también el nombre de "seglar", que viene del latín "saeculum" = siglo o tiempo indefinido. Es decir, son los miembros del Pueblo de Dios que se ocupan de lo temporal.

Pues bien, volviendo a la actividad que es debida a toda la Iglesia, San Pablo no deja lugar a duda sobre esto: "Dios ha formado el cuerpo dando más honor a los miembros que carecían de él, para que no hubiera división alguna en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocuparan lo mismo los unos de los otros."

(1 Cor.12,24-25). Y a los Romanos les dice: "Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo cada uno por su parte los unos miembros de los otros." (12,4-5)

Es así importante que entendamos que en el Pueblo de Dios, en la Iglesia, todos tenemos responsabilidades y nadie puede permanecer ocioso.

#### LAS ACTIVIDADES DEL PUEBLO DE DIOS ENCOMENDADAS AL LAICO.

Pues bien, si el Laicado no ha de permanecer ocioso, ¿qué tareas le han sido asignadas?

Recordemos aquellas palabras con que el Génesis describe cómo era la Creación al salir de las manos de su Creador: "...y vió Dios que esto era bueno..." Expresión que se repite una y otra vez en el capítulo primero para enfatizar que de las manos de su Creador el mundo salió, no sólo lleno de bondad, sino ciertamente consagrado hacia el bien. Podemos afirmar que "el mundo estaba consagrado por Dios y para dar gloria a Dios".

Pero al sobrevenir el pecado original, ya lo vimos muy al inicio de nuestro primer grado, junto con él apareció el desorden y en cierta forma también "el mundo se desconsagró" por culpa del hombre.

San Pablo nos explica esto así: "La Creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquél que la sometió (decimos nosotros: sea por el hombre que fue creado para dominarla, sea por Dios a manera de castigo para el hombre), en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios." (Rom. 8,20-21)

Desde entonces la obra de Dios en el mundo quedó desviada de su plan original por el pecado, pero no lo ha de ser para siempre: "Pues sabemos que la Creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto." El Apóstol presenta el símil debido a que estos dolores le fueron asignados a la mujer como castigo de su pecado. (Rom. 8,22)

Tal situación de espectación se extiende hasta el hombre mismo condenado al dolor, la fatiga y la muerte: "Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo." (Rom. 8,23)

EL MUNDO HA DE SER RECONSAGRADO.

Esa situación de "desconsagración" en que el mundo quedó sumido no ha de perdurar para siempre en virtud de la Promesa del Padre que, como el efecto del pecado, es extensiva desde el hombre hasta la Creación toda por medio de la liberación anunciada, que habría de realizarse en la Persona de Jesucristo: "El es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, para que sea El el primero en todo, pues Dios tuvo a bien hacer residir en El toda la Plenitud, y reconciliar por El y para El todas las cosas, pacificando, mediante la sangre de su cruz, lo que hay en la tierra y en los cielos." (Col. 1,18-20)

Si pues en Cristo todo ha de ser reconsagrado, y Cristo ya ha pagado abundantemente, con Plenitud, ¿por qué el mundo aún sufre los efectos del pecado? Por la misma razón que el hombre todavía nace con la mancha del peccao original, y el cuerpo todavía permanece sin someterse al espíritu, y el dolor, la fatiga y la muer

40/3 te siguen aquejando a la humanidad: porque los méritos de Cristo han de ser aplicados a nosotros por medio de nuestras obras.

Es un poco lo que dice San Pablo: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo..." (Col.1,24). No es que a Cristo le haya faltado realizar algo de la Redención, sino que la aplicación de sus méritos corre por nuestra cuenta.

La consagración del mundo corresponde a todos los cristianos, pero compete en particular al laicado, ya que éste, por su peculiar forma de vivir en el mundo, se esparce por medio de cada uno de sus miembros en todos los ambientes, los penetra y, llevando cada uno dentro de sí a la Santísima Trinidad que le inhabita, con su sola presencia ya los santifica.

Esta presencia santificadora, más la dedicación de sus bienes y el dominio de las cosas y de los animales por medio de la inventiva, la transformación, el mejor aprovechamiento por la distribución y acceso que el comercio produce, todo hecho, más que por obtener ganancias, con la intención de que Dios sea glorificado y los hombres más necesitados sean beneficiados, son formas de consagración del mundo porque en ellas impera la caridad.

San Pedro (1,2,5) nos instruye acerca de cómo los cristianos hemos de proceder para que sea realizado en nosotros nuestro sacerdocio bautismal: "También vosotros, cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo."

### EL LAICO, SACERDOTE, PROFETA Y REY.

Nuevamente contemplamos la Plenitud de Cristo, de la que todos hemos recibido nuestra abundancia, que se realiza, ahora en el laicado repitiendo a imitación de El las funciones de sacerdote en la consagración del mundo; de profeta cuando por el ejemplo de sus virtudes y conducta asombra al mundo; de rey, cuando, como vimos arriba, el dominio que ejerce sobre todo lo creado lo lleva a cabo, no sólo para satisfacer las propias necesidades, no para vanagloriarse en sus triunfos temporales, sino para glorificar a Dios en el servicio de sus hermanos los hombres.

### LA PROFECIA EN EL MUNDO, LABOR ESPECIFICA DEL LAICO.

Cierto que compete a la Jerarquía en primer lugar el Magisterio, vigilar por la pureza de la doctrina, impartir la enseñanza "de primera mano". Pero en el mundo actual ¿cómo sería posible a los Obispos y sacerdotes llegar hasta los ambientes más remotos, precisamente cuando la explosión demográfica agudiza el problema de la descristianización, cuando la disminución de ministros denota una escasez de ellos tal que hace más difícil su ministerio?

Es entonces cuando se siente la necesidad de que el laicado a  
cuda al cumplimiento de su parte, la que dentro de la Iglesia y  
en orden a que ésta realice su misión en el mundo, la de evange-  
lizar a todos los hombres. 40/4

No es esto algo nuevo, sino tan antiguo como la Iglesia misma conforme a lo prescrito por San Pedro: "Dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto." (1 Pe. 3, 15-16).

Grato culto al Señor es ir por el mundo haciéndose foco de atención de los demás por la rectitud de nuestra conducta. Entonces daremos lugar a comentarios, a curiosidad, a investigación y a que se nos pregunte por qué obramos así, por qué pensamos así, por qué vivimos en forma diferente al mundo. Buena ocasión entonces, como dice San Pedro, para dar razón de nosotros mismos, de aquéllo que esperamos, de Aquél en quien creemos, del por qué de que amamos... del por qué de que perdonamos y olvidamos.

Ese, antes que otro, es el profetismo que Cristo quiere de cada uno de nosotros. Lo demás vendrá por añadidura: porque detrás de esa curiosidad por nosotros despertada, y conforme a lo auténtico de nuestro testimonio, ellos nos pedirán instrucción, y nosotros se la daremos si estamos bien preparados para hacerlo.

Ellos entonces, llevados del entusiasmo, nos pedirán el ingreso a la Iglesia -ya que aunque bautizados no viven su Iglesia- y nosotros les acercaremos a ella, los introduciremos y así podrán completar su instrucción.

Cuando sean instruídos, pedirán los Sacramentos: es entonces, sólo hasta entonces, cuando se haya realizado completa la evangelización en ellos.

Finalmente, ellos mismos, llenos de entusiasmo, se convertirán en propagandistas por su ejemplo y su dar razón... a otros...

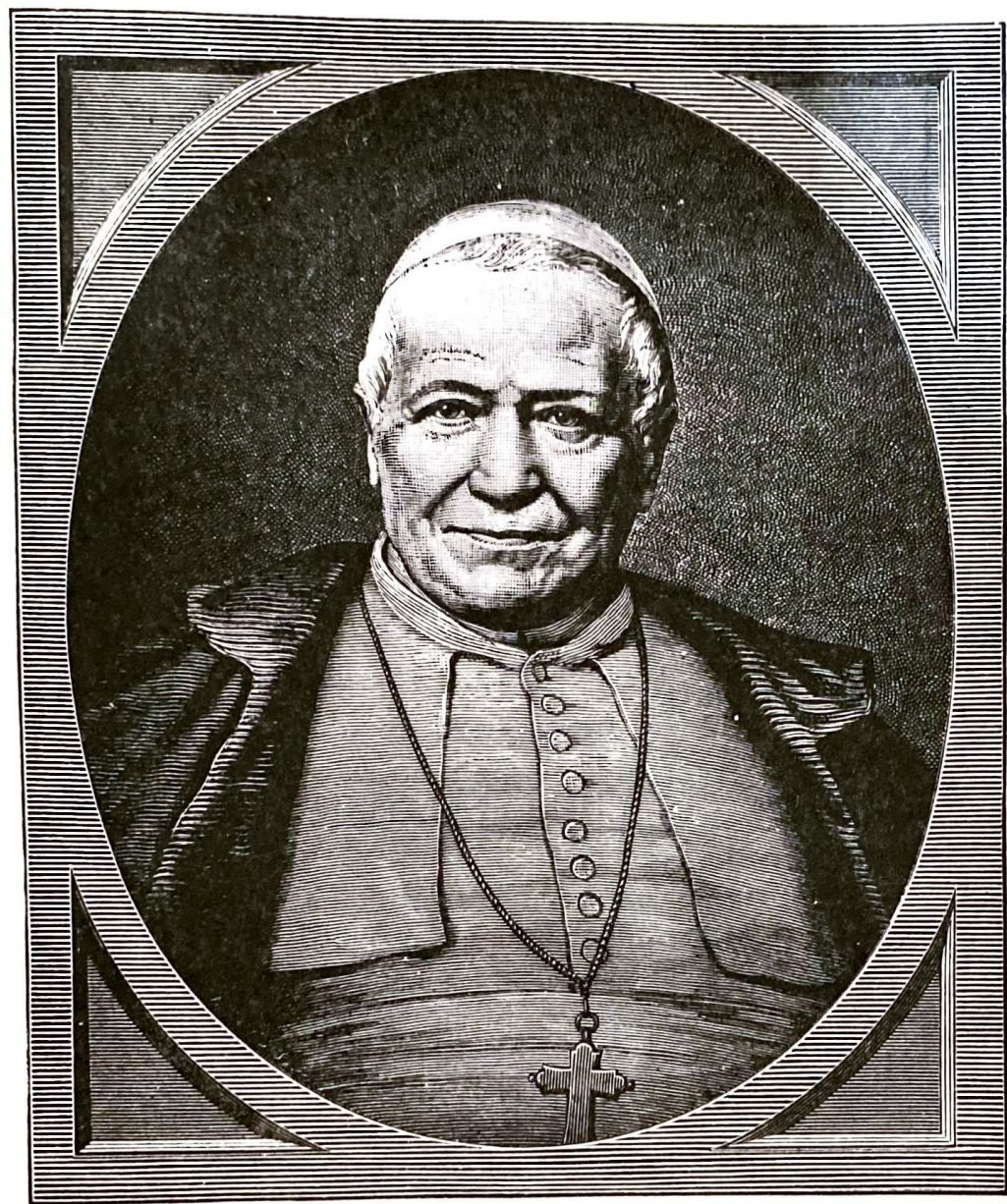
Los ambientes del mundo nos esperan; no ha de ser la Jerarquía sino nosotros, quienes hagamos presente a la Iglesia en los lugares de trabajo, sociales, deportivos, escolares, universitarios. Ahí está haciendo falta la presencia de los apóstoles laicos, y somos nosotros, cada uno en el suyo, quienes santifiquemos los ambientes y santifiquemos el mundo.

HACE FALTA DISCIPLINA AL REALIZAR EL APOSTOLADO.

Como en todas las cosas, debemos proceder con método en el apostolado: dos preguntas se imponen: ¿dónde? ¿cómo?

Para más fácil realización, dividiremos nuestro campo en tres círculos concéntricos: el primero es el familiar; el segundo es el ambiental; el tercero es el social.

"Toda transformación comienza por casa" se dice, y es verdad. Ante todo, por principio de caridad, debemos intentar la trans-



El Papa Pío IX exhortaba a Obispos y sacerdotes para que construyeran en el Pueblo de Dios un laicado pleno de virtudes cristianas, como lo indicara en su Encíclica *"Singulari Quidem"* (17 de marzo de 1856): *"Poned por obra todo aquello con lo cual los pueblos fieles, cada día más nutridos con el manjar saludable de la verdad y doctrina católica, amen a Dios de todo corazón, guarden cuidadosamente sus mandatos, concurren frecuente y religiosamente a su santuario, santifiquen sus fiestas y asistan muchas veces y con la conveniente veneración y piedad a la celebración del Divino Sacrificio, se acerquen a los santísimos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía y con singular devoción veneren y honren a la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, y, teniendo entre sí una mutua y continua caridad y siendo asiduos en la oración, caminen dignamente agradando a Dios en todo y fructificando en toda obra buena. Y puesto que las sagradas Misiones dirigidas por operarios idoneos conducen grandemente a estimular el espíritu de fe y religión en los pueblos a volverlos a al camino de la virtud y salvación, ardientemente deseamos que procureis que ellas se realicen..."*

40/6  
formación de los más cercanos: nuestros familiares. Con todo es to no lo hemos de entender como una actividad absorbente, que impida lo demás. No. Cuando decimos "primero" nos referimos tan solo como una preocupación de primer orden.

Porque el segundo círculo, el ambiental, debe ser atacado simultáneamente, ya que en ciertas horas esos ambientes son nuestro ámbito de vida: ahí pasamos horas determinadas de cada día y el cristiano es cristiano activo todas las horas de su vida. Es así que en todo momento podemos y debemos prodigar nuestro testimonio, sea a nuestros familiares, sea a todos los demás.

El tercer círculo constituye la actividad apostólica de toda intención buscada por nosotros: la actividad social que se desarrolla más allá de nuestros ambientes, allá donde ex profesos iremos en busca de los que no nos conocen, de los que no conocen a Dios ni piensan en El, de los que dirigen la estructura del mundo en alguna forma, de los que influyen en la vida pública. Esos, no sólo tienen personalmente necesidad de ser evangelizados, sino que además, por su influencia, podrán llegar a ser líderes de cristiandad cuando se hayan convertido, como quizá por no haberlo sido trabajen en contra de la conversión del mundo.

¿Cómo hemos de hacerlo? ya hemos dicho que ante todo por nuestra ejemplar conducta, y luego dando razón de nuestra fe. Siendo sinceros en la amistad, desinteresados en el servicio, Amables y alegres en el trato, desprendidos ante la necesidad, incondicionales en la ayuda, prudentes en el consejo, nunca insistentes en la advertencia, pacientes en la espera de conversión.

Y en todo caso: oración para implorar la gracia sobre ellos. A veces sucede que el apóstol pierde de vista esto: que si del cielo no llueve gracia, si Dios no proporciona la fe, es inútil el apostolado.

Evangelizar es una doble tarea que consiste, por un lado, en la conversión del hombre; por el otro, en la ayuda de Dios a esa conversión: si por una parte el hombre tiene que aceptar a Dios, por la otra Dios tiene que aceptar al hombre. El apóstol es así el mediador entre el hombre y Dios, entre dos voluntades que tenemos que poner en comunicación: la humana y la divina, para que en encontrándose se produzca el hecho de la conversión.

Así que en forma simultánea, debemos hablar al hombre de Dios por la evangelización; y a Dios debemos hablarle del hombre por medio de la oración; oración y sacrificio y penitencia a nombre del que deseamos convertir, por lo que él no reza, ni se sacrifica, ni hace penitencia.

#### DIFERENTES FORMAS EN EL APOSTOLADO.

Todo lo hasta aquí dicho se refiere al apostolado individual, aquél que realiza cada cristiano en forma personal. Pero, como en



León XIII despertó el interés del laicado en ayudar a la Jerarquía en impartir y defender la verdad de Cristo con su Encíclica "Sapientiae Christianae": *"El cargo de predicar, esto es, de enseñar, por derecho divino compete a los maestros, a los que el Espíritu Santo ha instituido Obispos para gobernar la Iglesia de Dios (Hech, 20, 28), y principalmente al Pontífice Romano, Vicario de Jesucristo, puesto al frente de la Iglesia Universal con potestad suma, como maestro de lo que se ha de creer y obrar. Sin embargo, nadie crea que se prohíbe a los particulares poner en uso algo de su parte, sobre todo a los que Dios concedió buen ingenio y deseo de hacer bien; y que, cuando el caso lo exija, puedan fácilmente, no ya arrogarse al cargo de doctor, pero sí comunicar a los demás lo que ellos han recibido, siendo así como el eco de la voz de los maestros."*

muchas otras cosas, el apostolado organizado, el que se realiza <sup>8</sup>/<sub>40</sub> en grupo, en equipo, es más efectivo. Recordemos la frase que el Señor nos dejó como admonición a este respecto: "...los hijos de este mundo son más astutos para sus cosas que los hijos de la luz." (Lc.16,8). Observemos cómo actúan los grandes empresarios, las transnacionales: nadie hace nada solo; constituyen grandes y bien organizados equipos de trabajo. Pues debemos integrar nosotros también equipos bien organizados para llevar a cabo el negocio más importante del mundo: la salvación de los hombres;"...Habiendo llamado a diez siervos suyos, les dió diez minas y les dijo: Negociad hasta que Yo vuelva." (Lc.19,13).

Aunque en los primeros tiempos la actividad apostólica de los laicos fue determinante en la evangelización del mundo, durante la Edad Media la evangelización quedó casi totalmente en calidad de actividad jerárquica. Pero en la Edad Moderna, poco a poco se fue activando más y más el apostolado seglar, acelerándose al comenzar el Siglo XX, hasta que en 1922 el Papa Pío XI lanzó a los seglares de lleno al apostolado con su Encíclica "Ubi arcano Dei" en que declaraba: "La Acción Católica no es otra cosa que el apostolado de los fieles que, bajo la conducción de sus obispos, se ponen al servicio de la Iglesia y le ayudan a cumplir integralmente su ministerio pastoral."

Mucho se ha dicho acerca del apostolado laico actual. Muestra de ello lo que dice el Papa Pío XII en su alocución "Six Ans" dirigida al 2o. Congreso Mundial para el Apostolado de los Laicos: "En estas circunstancias, el apostolado laico nos parece gravado con tres responsabilidades: en primer lugar, la formación de apóstoles laicos para suplir la escasez de sacerdotes en la acción pastoral... Hay que dedicarse, por consiguiente, ante todo a formar sistemáticamente y a utilizar a los apóstoles laicos en las parroquias gigantes de cincuenta a cienmil fieles...En segundo lugar, hay que introducir en la enseñanza, de la escuela primaria a la universidad, a hombres y mujeres católicos ejemplares como profesores, como educadores. En tercer lugar, hay que introducirlos en la dirección de la vida económica, social y política." (Six Ans, No. 45)

La limitación de nuestras lecciones nos impide exponer el premio con que una y otra vez los últimos Papas insisten en activar el apostolado seglar. En el tercer grado, al estudiar a fondo la evangelización, habrá ocasión de agotar el tema.

Terminamos con otras palabras de Pío XII: "Pensamos también en tantos laicos excelentes, que, en las regiones en que la Iglesia es perseguida como lo era en los primeros siglos del cristianismo, supliendo como mejor pueden a los sacerdotes encarcelados, hasta con peligro de su vida enseñan a su derredor la doctrina. RESOLUCION: Señor, te digo como San Pablo: ¿Qué quieres que haga?